

en Buenos Aires

Amigos de juventud - Lugones, - Ingenieros

por M. Soto Hall.

La enfermedad aceleraba su marcha de día en día; sus pasos se marcaban claramente en la fisonomía del poeta...

Dario miraba mucho hacia atrás; le placía rumiar cosas lejanas; desenvolverse por caminos arroldados; hasta resacaer flores muertas entre el polvo de la larga carretera recorrida.

Caíamos siempre en su vida bonarense, salpicada de anécdotas y llena de nombres que le eran queridos; — la mayor parte de compañeros de letras y de luchas.

Fué así como supe de "La Montaña", donde trabajó con José Pardo, José Ingenieros, Leopoldo Lugones y Macedonio Fernández.

De "Atlántida", en la cual, a los antes citados, se agregaban Jaime Freyre, el boliviano, hoy Ministro de su patria en Washington, Leopoldo Díaz, los dos Berisso, Carlos Ortiz y un compatriota suyo, un centroamericano, de quien me hablaba con cariño siempre: Arturo A. Ambrogi, salvadoreño y representante verdadero de las letras de aquel país que ha tenido un Vicente Acosta, orfebre del verso, y un poeta innovador y hondo, como Francisco Gavidia, ambos exponentes de la virilidad literaria de aquella República Centroamericana.

—Mira — me decía Dario — ya ves lo que ha hecho Ambrogi: Viajó por el Sur. En Buenos Aires se amistó bien, consiguió el aprecio de los buenos; se estimó su obra, que apenas se iniciaba. Si se queda vegetando en Centroamérica, se muere de anemia y permanece eternamente desconocido. Hizo muy bien en ir por allá, hoy es otro. ¿Has leído sus últimos libros? Sanos y fuertes.



RUBEN DARIO

La enumeración de publicaciones daba siempre margen a largos platicues, en que, entre otras, se nombraban "El Mercurio de América", de Eugenio Díaz Romero y "El Sur" de Alberto Ghiraldo, que parecían haber dejado en su alma una inolvidable reminiscencia.

A propósito de su obra realizada en Buenos Aires, me dijo algo que constituye una valiosa confesión literaria. Es una faz de su espíritu que posiblemente no reflejó sino en aquellas salobras intimidades.

—Los que conmigo iban — decía — es decir, los que entraban de buen grado por la buena senda, no eran los que me producían mayor placer. Los quería como se quiere a los nuestros, a los que conulan con nuestro pan, pero me halagaba ver cómo los contrarios se iban plegando a las filas conquistadoras. No eran vencidos, eran convencidos. Eso demostraba la fuerza por mí desde años atrás y ya contaba con adelidos de positivo valer.

—Cuántas personas ilustres, ya de bellos blanqueados y respetables por sus merecimientos, vi en lucha, entre el pasado que los atraía ávidamente y el porvenir que los seducía con su miraje! Los unos cedieron, por lo menos en el juicio, al que restaron severidad, tratándose de juzgar la escuela invasora; otros, más rebeldes, quedaron anclados en el fondeadero de sus viejos principios, pero sin mayor protesta.

De todos modos, en eso estaba mi triunfo y mi satisfacción. Yo hice en ese tiempo la mejor parte de mí obra de reformador. No pretendí hacerme apóstol, ni menos empuñar yo solo el cetro. Me empecé en dar a conocer a los más ilustres escri-

por Pedro Zonza Briano

La Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata inauguró un busto a Joaquín V. González, obra del insigne estatuario Zonza Briano, quien pronunció el siguiente discurso al hacer entrega de la obra.

Señoras y Señores: Entrego el busto de González, el soñador, para esta Facultad que el tanto amó y donde fue maestro.

Cuando Vd., señor Decano, me pidió la reproducción, en bronce, del busto de este eminente patriota, se despertó en mí un orgullo de argentino.

No podía sino esperar tan justo homenaje. En vida del doctor González, ejecutaba esta obra, con la convicción de que alguna vez debía emprender viaje desde mi taller a esta casa.

La hice con entusiasmo de artista, porque sabía que el interpretar su careza de pensador, llevaba a los argentinos a la meditación.

La hice como un homenaje al gran amigo y al gran artista. Al artista que supo amar la belleza del silencio, tal como es la forma, porque ella expresa el alma armoniosa del Universo.

La hice con dolor y alegría; con dolor, porque observaba las huellas amargas que dejan en estas naturalezas sensibles, las maldades de los hombres; con alegría, por lo merecedor que era de la glorificación del bronce.

Yo lo admiraba, acompañándolo en sus momentos de amarguras y expansiones espirituales; pues fué, un artista, en el más bello sentido de la palabra. Artista que vivió en la contemplación de sus montañas, elevando su pensamiento por encima de ellas.

Su genio organizador, su alma llena de poesía, su hondo pensamiento, empujado de su persona, cubrían su bella cabeza con un velo transparente, detrás del cual se movían fuerzas imponderables; fuerzas que más de una vez ha de invocar la posteridad, penetrando en el alma grande y luminosa de este sabio; fuerzas que entran en los

dominios del arte que es la apoteosis de la belleza y que inmortaliza a estos hombres que han abierto vías al espíritu humano.

El arte, en su sencillez ideal con que rinde sus homenajes encierra para la historia de los pueblos una poesía, una moral, una filosofía. Es ejemplo definitivo e inmutable. Coloca a sus próceres de frente al porvenir, para que sigan, con la luz de su verbo, ejerciendo su sacerdocio.

Yo no sé si he llegado a interpretar lo que verdaderamente he sentido. He querido decir, con el único medio de expresión que tengo a mi alcance, muchas cosas. Quise penetrar la amada personalidad del doctor Joaquín V. González para poder revelar a través de esta forma, su mundo interior. Quise que este bronce tradujera una esencial cualidad de belleza para que en todo instante pareciera bella. Quise convertir en cosas visibles, su mundo invisible, para que hablara con la expresión de su silencio, más que la palabra misma. La palabra define; el silencio de la forma sugiere.

Cuando lo ejecutaba, la masa informe de arcilla esperaba con su llanto, las voces evocadoras de ese poeta de imágenes infinitas; las esperaba para interpretarlas en su lenguaje zondo y elocuencia singular.

Lo primero que apareció fué como un blanco sudario y la curva de un ala ideal de mística existencia. Su frente generosa, pléfrica de pensamiento, se desprendía del volumen surgiendo con serenidad. Frente llena de ideas; ideas que volaron por encima de las montañas, desde sus queridas montañas, hasta el índico Ganges.

Sus párpados, caídos por el peso de sus ensueños, uníame con la suave línea de sus ojos de expresión interior y velada. Ojos que vieron los homéricos crepúsculos del Farnatina, el vuelo de sus simbólicos condores, y las rosadas auroras de eterna juventud. En la parte inferior de su rostro, en el cónico mático derecho, un gesto subconsciente, amargo y doloroso, traducía filosóficas deducciones; que sólo vi desaparecer el día que se hizo invisible, a semejanza de los astros que se alejan de nuestro planeta, dejándonos el recuerdo de su luz. La noche que lo vi dormido — una de esas noches azules que él tanto amaba — ese gesto quedó velado por una sonrisa de amor y de gloria.

—¿Te parece el mejor poeta de la Argentina? — repuse. —No es fácil decirlo. Están alzándose muchos de gran vuelo. Viene una cosecha de inspirados que promete. Capdevila, entre otros, me gusta mucho; llega hondo y dice bien. Sólo una vez le he hablado en mi vida y accidentalmente. Pero lo leo con intenso placer. Respecto a Lugones, lo que sí puedo decir es que es de los grandes. Tiene asiento de primera en el cenáculo del arte.

Pasamos a Ingenieros. Dario se entusiasmó. Tengo la memoria llena de recuerdos en que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo, fuimos desde un principio excelentes amigos, es algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta ver clarar el día, en esas veladas de que te he hablado, y, sin embargo, tenía horas para consagrarse al estudio y como él lo hace, con conciencia. Su amistad me ha servido de mucho. Su energía, su resolución, han sido más de una vez ariete para mi debilidad. Es, por otra parte, un conversador prodigioso, inagotable, de una amenidad que siempre atrae. Cualquier tema en sus labios es interesante. Todos los trata en una forma tan inteligente y hábil, que hasta los más estériles, los hace agradables. No tienes más que leer sus libros. Es un estilista. A la inversa de lo que pasa con los que se dedican a la literatura científica y que desconfían su decir, él no, pule y labra. Su párrafo es lleno y sonoro, forjado reciamente, claro y preciso. Y cuando se propone con más empeño en hacer letras, es un escritor maravilloso. Su artículo a las manos de Eleonora Duse, es una joya. No creo que nunca se haya cantado a unas manos más bien ni mejor. Luego, tiene siempre una idea nueva, un pensamiento original, un giro propio. Todo lo suyo lleva sello y sello regio. Sin que influya en mi opinión el afecto que le profeso, creo que es una de las figuras de que puede estar orgullosa nuestra América.

—¿Y qué me dices — le pregunté — de Ingenieros y Lugones, los dos que más amplia popularidad tienen en América Latina? Sus nombres — tú lo sabes — no pertenecen sólo a los círculos selectos de pensadores y artistas, sino que han penetrado hondamente en toda la masa que estudia y que lee.

—Quiero mucho a Lugones — repuse. — Nuestra amistad íntima data, sobre todo desde París. Lo conocí, como en otra ocasión te he dicho en el diario "El Tiempo". Estaba recién venido de provincia y era un muchacho muy formal. Enemigo de andar de ferra, como dicen en Buenos Aires, no tenía conmigo mucha intimidad. Nuestras relaciones eran más que todo literarias. Además, se casó y la esposa, a quien yo quiero mucho, me parece que, fuera de las relaciones, no apro-baba nuestra compañía. Muchas veces le he dicho eso, en son de broma, y aun cuando ella ha protestado enérgicamente, sigo creyendo lo que dejo dicho. En París fué otra cosa. Yo gozaba con visitar este matrimonio simpático. Aparte del ambiente literario, de aris-tocráticas letras, me placía el sabor de hogar. Los domingos era huésped imprescindible de su mesa. Horas deliciosas he pasado con ellos, gustando espiritualmente de París o recordando con amor a Buenos Aires.

Lugones vale mucho. Yo hubiera querido tener su preparación clásica. Es sólido. Sabe castellano a maravilla. Su léxico es inagotable. Me admira, pero no le apruebo, los múltiples asuntos, diferentes, casi todos, en que divide sus actividades y emplea sus poderosas energías. Yo lo quisiera sólo hombre de letras, poeta, prosista, dando todo el jugo de su cerebro fuerte y bien nutrido.

—¿Te parece el mejor poeta de la Argentina? — repuse. —No es fácil decirlo. Están alzándose muchos de gran vuelo. Viene una cosecha de inspirados que promete. Capdevila, entre otros, me gusta mucho; llega hondo y dice bien. Sólo una vez le he hablado en mi vida y accidentalmente. Pero lo leo con intenso placer. Respecto a Lugones, lo que sí puedo decir es que es de los grandes. Tiene asiento de primera en el cenáculo del arte.

Pasamos a Ingenieros. Dario se entusiasmó. Tengo la memoria llena de recuerdos en que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo, fuimos desde un principio excelentes amigos, es algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta ver clarar el día, en esas veladas de que te he hablado, y, sin embargo, tenía horas para consagrarse al estudio y como él lo hace, con conciencia. Su amistad me ha servido de mucho. Su energía, su resolución, han sido más de una vez ariete para mi debilidad. Es, por otra parte, un conversador prodigioso, inagotable, de una amenidad que siempre atrae. Cualquier tema en sus labios es interesante. Todos los trata en una forma tan inteligente y hábil, que hasta los más estériles, los hace agradables. No tienes más que leer sus libros. Es un estilista. A la inversa de lo que pasa con los que se dedican a la literatura científica y que desconfían su decir, él no, pule y labra. Su párrafo es lleno y sonoro, forjado reciamente, claro y preciso. Y cuando se propone con más empeño en hacer letras, es un escritor maravilloso. Su artículo a las manos de Eleonora Duse, es una joya. No creo que nunca se haya cantado a unas manos más bien ni mejor. Luego, tiene siempre una idea nueva, un pensamiento original, un giro propio. Todo lo suyo lleva sello y sello regio. Sin que influya en mi opinión el afecto que le profeso, creo que es una de las figuras de que puede estar orgullosa nuestra América.

—¿Y qué me dices — le pregunté — de Ingenieros y Lugones, los dos que más amplia popularidad tienen en América Latina? Sus nombres — tú lo sabes — no pertenecen sólo a los círculos selectos de pensadores y artistas, sino que han penetrado hondamente en toda la masa que estudia y que lee.

—Quiero mucho a Lugones — repuse. — Nuestra amistad íntima data, sobre todo desde París. Lo conocí, como en otra ocasión te he dicho en el diario "El Tiempo". Estaba recién venido de provincia y era un muchacho muy formal. Enemigo de andar de ferra, como dicen en Buenos Aires, no tenía conmigo mucha intimidad. Nuestras relaciones eran más que todo literarias. Además, se casó y la esposa, a quien yo quiero mucho, me parece que, fuera de las relaciones, no aprobaba nuestra compañía. Muchas veces le he dicho eso, en son de broma, y aun cuando ella ha protestado enérgicamente, sigo creyendo lo que dejo dicho. En París fué otra cosa. Yo gozaba con visitar este matrimonio simpático. Aparte del ambiente literario, de aristocráticas letras, me placía el sabor de hogar. Los domingos era huésped imprescindible de su mesa. Horas deliciosas he pasado con ellos, gustando espiritualmente de París o recordando con amor a Buenos Aires.

Lugones vale mucho. Yo hubiera querido tener su preparación clásica. Es sólido. Sabe castellano a maravilla. Su léxico es inagotable. Me admira, pero no le apruebo, los múltiples asuntos, diferentes, casi todos, en que divide sus actividades y emplea sus poderosas energías. Yo lo quisiera sólo hombre de letras, poeta, prosista, dando todo el jugo de su cerebro fuerte y bien nutrido.

—¿Te parece el mejor poeta de la Argentina? — repuse. —No es fácil decirlo. Están alzándose muchos de gran vuelo. Viene una cosecha de inspirados que promete. Capdevila, entre otros, me gusta mucho; llega hondo y dice bien. Sólo una vez le he hablado en mi vida y accidentalmente. Pero lo leo con intenso placer. Respecto a Lugones, lo que sí puedo decir es que es de los grandes. Tiene asiento de primera en el cenáculo del arte.

Pasamos a Ingenieros. Dario se entusiasmó. Tengo la memoria llena de recuerdos en que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo, fuimos desde un principio excelentes amigos, es algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta ver clarar el día, en esas veladas de que te he hablado, y, sin embargo, tenía horas para consagrarse al estudio y como él lo hace, con conciencia. Su amistad me ha servido de mucho. Su energía, su resolución, han sido más de una vez ariete para mi debilidad. Es, por otra parte, un conversador prodigioso, inagotable, de una amenidad que siempre atrae. Cualquier tema en sus labios es interesante. Todos los trata en una forma tan inteligente y hábil, que hasta los más estériles, los hace agradables. No tienes más que leer sus libros. Es un estilista. A la inversa de lo que pasa con los que se dedican a la literatura científica y que desconfían su decir, él no, pule y labra. Su párrafo es lleno y sonoro, forjado reciamente, claro y preciso. Y cuando se propone con más empeño en hacer letras, es un escritor maravilloso. Su artículo a las manos de Eleonora Duse, es una joya. No creo que nunca se haya cantado a unas manos más bien ni mejor. Luego, tiene siempre una idea nueva, un pensamiento original, un giro propio. Todo lo suyo lleva sello y sello regio. Sin que influya en mi opinión el afecto que le profeso, creo que es una de las figuras de que puede estar orgullosa nuestra América.

RENOVACION

BOLETIN MENSUAL DE IDEAS LIBROS Y REVISTAS DE LA AMERICA LATINA

10 Centavos

NOVIEMBRE de 1924

SUMARIO

- Euclides E. Jaime . . . Anatole France
Max. Soto Hall . . . Rubén Dario en Buenos Aires
C. Sánchez Viamonte . . . La derecha via universitaria
Javier del Río . . . Francia y la Rusia de los Soviets
Pedro Zonza Briano . . . Joaquin V. González
Narciso C. Laclau . . . La enseñanza y la investigación
Germán Arciniegas . . . Triste ocaso de Guillermo Valencia
V. R. Haya de la Torre }
Manuel A. Seoane . . . Cartas a Rabindranath Tagore
Luis C. Amadori . . . Vargas Vila
Conrado Eggers Lecour Plutarco mintió
Eduardo Posada . . . El viaje de Cervantes a América
Ernesto Higuera . . . Valle Inclán en el Hospital
César Falcón . . . El patrono de América
Gabriel S. Moreau . . . Notas y bibliografías.
Etc., Etc.

Año II - N.º II Este Boletín aparece el 20 de cada mes

Table with subscription rates for Argentina and Exterior, and tariff rates for avisos.

Dirijase toda correspondencia: Casilla Correo 1625, Buenos Aires

Francia reconoce el gobierno del Soviet

por Javier del Río

Cuando en 1917 estalló en la vieja Rusia de los zares la revolución, los gobiernos burgueses se agruparon en un solo haz defensivo, poseídos de una justificada sensación de pánico. Era un nuevo sistema de convivencia económica y social la que surgía ante la crisis del sistema capitalista en aquel país.

Yo no sé si he llegado a interpretar lo que verdaderamente he sentido. He querido decir, con el único medio de expresión que tengo a mi alcance, muchas cosas. Quise penetrar la amada personalidad del doctor Joaquín V. González para poder revelar a través de esta forma, su mundo interior. Quise que este bronce tradujera una esencial cualidad de belleza para que en todo instante pareciera bella. Quise convertir en cosas visibles, su mundo invisible, para que hablara con la expresión de su silencio, más que la palabra misma. La palabra define; el silencio de la forma sugiere.

Cuando lo ejecutaba, la masa informe de arcilla esperaba con su llanto, las voces evocadoras de ese poeta de imágenes infinitas; las esperaba para interpretarlas en su lenguaje zondo y elocuencia singular.

Lo primero que apareció fué como un blanco sudario y la curva de un ala ideal de mística existencia. Su frente generosa, pléfrica de pensamiento, se desprendía del volumen surgiendo con serenidad. Frente llena de ideas; ideas que volaron por encima de las montañas, desde sus queridas montañas, hasta el índico Ganges.

Sus párpados, caídos por el peso de sus ensueños, uníame con la suave línea de sus ojos de expresión interior y velada. Ojos que vieron los homéricos crepúsculos del Farnatina, el vuelo de sus simbólicos condores, y las rosadas auroras de eterna juventud. En la parte inferior de su rostro, en el cónico mático derecho, un gesto subconsciente, amargo y doloroso, traducía filosóficas deducciones; que sólo vi desaparecer el día que se hizo invisible, a semejanza de los astros que se alejan de nuestro planeta, dejándonos el recuerdo de su luz. La noche que lo vi dormido — una de esas noches azules que él tanto amaba — ese gesto quedó velado por una sonrisa de amor y de gloria.

—¿Te parece el mejor poeta de la Argentina? — repuse. —No es fácil decirlo. Están alzándose muchos de gran vuelo. Viene una cosecha de inspirados que promete. Capdevila, entre otros, me gusta mucho; llega hondo y dice bien. Sólo una vez le he hablado en mi vida y accidentalmente. Pero lo leo con intenso placer. Respecto a Lugones, lo que sí puedo decir es que es de los grandes. Tiene asiento de primera en el cenáculo del arte.

Pasamos a Ingenieros. Dario se entusiasmó. Tengo la memoria llena de recuerdos en que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo, fuimos desde un principio excelentes amigos, es algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta ver clarar el día, en esas veladas de que te he hablado, y, sin embargo, tenía horas para consagrarse al estudio y como él lo hace, con conciencia. Su amistad me ha servido de mucho. Su energía, su resolución, han sido más de una vez ariete para mi debilidad. Es, por otra parte, un conversador prodigioso, inagotable, de una amenidad que siempre atrae. Cualquier tema en sus labios es interesante. Todos los trata en una forma tan inteligente y hábil, que hasta los más estériles, los hace agradables. No tienes más que leer sus libros. Es un estilista. A la inversa de lo que pasa con los que se dedican a la literatura científica y que desconfían su decir, él no, pule y labra. Su párrafo es lleno y sonoro, forjado reciamente, claro y preciso. Y cuando se propone con más empeño en hacer letras, es un escritor maravilloso. Su artículo a las manos de Eleonora Duse, es una joya. No creo que nunca se haya cantado a unas manos más bien ni mejor. Luego, tiene siempre una idea nueva, un pensamiento original, un giro propio. Todo lo suyo lleva sello y sello regio. Sin que influya en mi opinión el afecto que le profeso, creo que es una de las figuras de que puede estar orgullosa nuestra América.

propia independencia ante la injustificada opresión de su contrario. Larga y pacientemente había sido maquinado por sus respectivos gobiernos este embudo sinistoso que llevaba inermes veinte millones de jóvenes a la destrucción y a la muerte.

Y los pueblos de las demás naciones, trabajados por las mismas angustias económicas los unos, y ensangrentados por estériles contiendas fraternales los otros, podían copiar su ejemplo. Erizadas murallas de bayonetas de todas las naciones trazaron un amplio "cordón sanitario", tupido y costoso, en su afán ingenuo de amurallar ideas.

Siempre el mismo fenómeno de la avaricia insaciable de unos pocos ante el bienestar y a la vida de millones y millones de hombres.

Bueno, pues, el pueblo ruso no quiso pagar las deudas que esta casta de sus opresores había contraído con sus privilegiados colegas de las otras naciones.

El año se oía el retumbo de los cañones beligerantes hablar con el lenguaje desolador de las masacres en nombre de un atizado patriotismo que, candorosamente ingenuo, hacían caer a los pueblos contendores de la gran guerra europea en el doloroso error de creerse cada uno defensor de la

Y la hora llegó, con esa lógica se-

Advertisement for 'RENOVACION' magazine, stating it is available in all kiosks and newsstands.